

Métodos etnográficos en uso y discusión en la antropología argentina

Rosana Guber¹

1. Métodos etnográficos en uso y discusión en la Argentina

1.1 Introducción

Desde los años ochenta los llamados métodos etnográficos han ganado popularidad en las Humanidades, las Ciencias Sociales y en otras disciplinas. Educadores, sociólogos, politólogos, trabajadores sociales, agrónomos, historiadores y médicos, no sólo antropólogos, vienen incorporando la observación participante, la entrevista no dirigida y la co-residencia a sus estudios empíricos. Dicha visibilidad obedece a varios procesos simultáneos y convergentes: la caída de las utopías sociopolíticas de izquierda tras 1989; la crítica posmoderna a los ‘grandes relatos’; la puesta en cuestión de ‘la autoridad del autor’ y de la academia toda, para representar realidades socioculturales otras; y la creciente vocalidad de las minorías o grupos culturales subalternos, el surgimiento de movimientos sociales que se definen más por el género (feminismos, homosexuales), el grupo étnico, religioso y/o racial, el parentesco (madres y abuelas de víctimas del terrorismo estatal) y el estado del mundo (pacifismo, ecologis-

¹ PHD en Antropología por la John Hopkins University. Directora del Centro de Antropología Social del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), Buenos Aires.

mo), que por su posición de clase o su adscripción político-ideológica. Esta proliferación de identidades ha reenviado los debates teóricos en las ciencias sociales, anclados en categorías y principios historiográficos eurocéntricos, hacia el mundo conceptual y metodológico de las ciencias antropológicas que, desde fines del siglo XIX y hasta los años sesenta se ocuparon de rescatar los restos de culturas exóticas condenadas, supuestamente, a desaparecer ante el avance inexorable del capitalismo, los socialismos de Estado y sus respectivas versiones de la globalización. La antropología social, antropología cultural, etnología, entre otras denominaciones posibles, ha provisto de marcos humano y alternativos de existencia y conceptualización a partir de una trayectoria centenaria de comprensión testimonial y teórica de la alteridad. Simultáneamente, ha elaborado, ensayado y postulado algunas vías o ‘métodos’ para su reconocimiento. Sin embargo, la popularidad de los métodos etnográficos no ha sido paralela a las modalidades de aproximación, elaboración y exposición de las alteridades. En estas páginas quisiera presentar algunas reflexiones acerca de la especificidad de la labor etnográfica, el aspecto más distintivo de la disciplina antropológica, indagando en esa labor como un fenómeno tridimensional de estrecha articulación. Es esa totalidad, ‘la etnográfica’, el objeto de estas reflexiones y también su inspiración, en tanto la dinámica de su integración prueba como la lógica de la vida social modela los métodos de conocimiento social y cómo estos métodos llamados ‘etnográficos’ desarrollan una extraordinaria sensibilidad para aprehender las alteridades sociales y culturales. Mi propuesta es: 1. Esta reciprocidad permite incorporar en vez de excluir artificialmente, a los métodos etnográficos en las relaciones sociales, 2. Esta reciprocidad resulta de una condición de la vida social que es la reflexividad, 3. Aun cuando los autores hayan comenzado a referirse a ella sólo recientemente con respecto a sus trabajos de campo y a sus escritos, la reflexividad los viene acompañando desde hace mucho más tiempo.

1.2 La etnografía, triple y una

Hablar de etnografía conlleva un triple sentido que incluye una perspectiva, cierto conjunto de métodos y un género textual. Esta triada no es nueva, sino que procede, en los hechos más que en las declaraciones, de la antropología social británica que, junto a otros efectos del impe-

rio, permeó las academias metropolitanas y también las academias ‘del Sur’ (Krotz, 1997). Nacida de la revolución empirista de comienzos del siglo XX (Kuper, 1977), la etnografía se postuló como la columna vertebral de la antropología social, una disciplina basada en la investigación empírica en el sentido del naturalista ‘en el campo’. Sin embargo, junto a esta dimensión más duramente científica, asomaba en los hechos otra de neto corte humanista que convertía al ‘investigador de campo’ en la principal herramienta de conocimiento. La antropología quedaba ubicada, así, entre las nascentes ciencias de la sociedad (sociología y ciencias políticas) y las humanidades (literatura e historia).

Este punto de articulación es evidente en las definiciones de las tres acepciones de la etnografía. Como enfoque, la etnografía es una práctica de conocimiento que contempla la comprensión de fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros, cualquiera sea la posición teórica que el autor asigne a dichas perspectivas. La etnografía designa también un método abierto de investigación en terreno donde caben las encuestas, las técnicas no directivas –fundamentalmente, la observación participante y las entrevistas no dirigidas– y la residencia prolongada con los sujetos de estudio. Se trata, en suma, del conjunto de actividades que solemos designar como ‘trabajo de campo’, y cuyo resultado se emplea como evidencia del producto del enfoque etnográfico. Por último, la etnografía es un producto textual, la presentación generalmente monográfica y por escrito (más recientemente, también visual) con que el antropólogo intenta representar, interpretar o traducir una cultura determinados aspectos de una cultura para lectores que no suelen ser familiares con ella (Guber, 2001; Van Maanen, 1995).

¿Qué tienen en común enfoque, método y texto etnográficos? Una articulación particular entre teoría y material empírico que opera en y a través del investigador (Peirano, 1985). Esta articulación, el núcleo del quehacer antropológico, tiene lugar a lo largo de toda la investigación: cuando se plantea la pregunta de investigación, se interroga de manera comparativa, implícita o explícita, entre pueblos y culturas; cuando se va al campo se llevan categorías teóricas y de sentido común que se confrontan o ponen en diálogo con las categorías nativas; y cuando se redacta el trabajo final, se empalman teorías y datos con cierto orden, lenguaje, prosa y argumento. Dado que, a diferencia de otras disciplinas y de su fase

inicial, la antropología reunió en la figura del investigador todas las etapas de la investigación, la planificación del trabajo, la estadía en el campo, la obtención de datos, su análisis y la redacción final es obvio que el investigador se revela como el gran artífice de la investigación antropológica.

Este señalamiento es vital para entender conceptual y prácticamente el lugar de los tan mentados ‘métodos etnográficos’ en la antropología. No se trata, como es evidente, de una recolección ingenua de actividades y discursos, ni de un aplanamiento museográfico de los aspectos de ‘una cultura’; se trata, más bien, de arribar a una conclusión interpretativa acerca de qué es para ese pueblo, sector o sociedad tal o cual fenómeno. Pero para ello es necesario que el investigador comparezca ‘en cuerpo y alma’ con sus sujetos de estudio durante el tiempo suficiente para entender de qué se trata, cómo es ese grupo o sector social, y para reconstruir las teorías nativas que fundan el sentido de nociones y prácticas en estudio. Esto es: el investigador no va al campo para probar una teoría a partir de datos puntuales; va al campo para reconstruir las teorías prácticas que se vinculan, de alguna manera, el investigador tendrá que elaborar, con las teorías académicas. Esta tarea está plagada de dificultades porque el investigador no puede desembarazarse de sus nociones teóricas y de sentido común sólo a voluntad. Ellas permean todo su mundo, incluso su misión profesional e intelectual, aunque suelen ser puestas bajo amenaza por las nociones teóricas y cotidianas de los miembros de la sociedad que estudia. Por eso hay algo que el investigador aprende a partir de su primera experiencia, y que excede el aprendizaje de técnicas y logísticas; eso que aprende, y que lo marca con fuego, es la confianza en que la perspectiva de los actores y la de los académicos y ciudadanos de su pequeño mundo cotidiano, se encontrarán en algún punto y en algún momento. Pero para que este aprendizaje sea posible es necesario no sólo que haya dos partes en la relación, cosa que todo cientista social esta dispuesto a aceptar; es necesario que exista una disposición a reconocer su diferenciación lo más explícitamente posible.

Los sujetos de estudio-informantes-interlocutores o como se los llame, y el investigador son dos partes de un mismo mundo que, sin embargo, se especifica de maneras diferentes, y cuya diferencia está presente en todo el trayecto de la investigación pero, sobre todo e inexora-

blemente, en el encuentro de campo. Para ejercer este reconocimiento es imprescindible, creo, identificar no sólo las voces y prácticas de los informantes sino también, y a la par, los múltiples modos en que las voces y prácticas del investigador las suscitan o silencian, esto es, participan de ellas. Sin propender a una etnografía ego centrada en el investigador, como a veces ha sido el caso, necesitamos una epistemología práctica que nos permita explicitar lo que los antropólogos de campo, desde Bronislaw Malinowski o Marcel Griaule, venimos haciendo.

En este punto resulta vital lo que la antropología llamada 'posmoderna' parecía descubrir a través de la 'reflexividad', un ya añoso término de la sociología que databa de los años cincuenta. Puesta a menudo como la capacidad de reflexionar acerca del impacto que la persona del investigador ejerce en el mundo que estudia, se supondría que se trata de un rasgo que puede o no estar presente en la investigación. Sin embargo, y como señalaron varios autores desde Harold Garfinkel, la reflexividad es una condición de la sociedad humana según la cual aquello que se concibe en la interacción impone la norma y los términos de interpretación de cuánto en ella ocurre. Faltarían páginas para este ensayo si consignáramos todos los ejemplos en que, desde W.H.R. Rivers (1911) y Bronislaw Malinowski (1922), los antropólogos han demostrado reconocer que la información está condicionada por las circunstancias de su obtención, por la presentación del investigador ante los nativos, por las asignaciones de cierto rol y status de los nativos al investigador, y por los vínculos entre investigador e informantes, entre ese investigador y ese informante, en esa fase precisa de su trabajo de campo. Todas estas cuestiones no son más que diversas vías para ponderar las fuentes de información en una relación que se sabe extraña y siempre potencialmente antagónica, pero que ha sido interpretada unilateralmente por los académicos como externa a las condiciones que modelan a la sociedad local.

Incorporar al investigador como sujeto de conocimiento, herramienta de investigación y objeto de condicionamientos locales, académicos y personales, no conlleva una investigación sobre el investigador mismo, sino reparar en que es el quien producirá, en constante diálogo presente y ausente con sus sujetos de estudio, un conocimiento que resulte, genuinamente, de la articulación entre la teoría y la práctica académica, y la teoría y la práctica local. Esta admisión suscita diversos problemas

y desafíos práctico-discursivos, tanto en la perspectiva investigativa como en su género textual y en sus métodos, pero es innegable que los investigadores aprendemos enormemente acerca de las alteridades socioculturales de las que formamos parte, cuando intentamos resolverlos. Si en la antropología la perspectiva, el método y el texto están indisolublemente unidos, de manera que uno remite inexorablemente a los otros dos, esto significa que aprender métodos etnográficos conlleva imaginar un formato textual, y viceversa; que un formato textual implica ciertos lineamientos metodológicos. La perspectiva etnográfica da cuenta de ambos a la vez. Saber en que consisten, cómo se expresan y cómo se vinculan entre sí no es algo que pueda responderse en abstracto (nada en la antropología suele resolverse así). Las consideraciones sobre la reflexividad en el campo y en el texto, que dan lugar a cierta articulación entre conceptos teóricos y conceptos nativos, están siempre permeadas por los condicionamientos nacionales, políticos, académicos, socioculturales, que operan en nuestras antropologías (y nuestros demás quehaceres).

La propuesta sería entonces recorrer el trayecto entre las dos puntas de la perspectiva etnográfica —el campo Y el texto— en sus dos sentidos. En el primero, objeto de esta primera parte, tomaré un incidente de mi trabajo de campo y cómo opera la explicitación reflexiva para avanzar hacia la problematización antropológica. En el segundo, objeto de la segunda parte, expongo una metodología para la lectura de dos etnografías breves elegidas por su diversa organización textual y problemática, intentando extraer de ellas algunos lineamientos generales acerca de cómo funciona, en términos prácticos, esa triple acepción de la etnografía en nuestras investigaciones. Con estos ejemplos pretendo mostrar como el formato textual esta diseñado de acuerdo a las relaciones de campo y a ciertas decisiones teóricas acerca de cómo articular los conceptos analíticos y las categorías nativas. Por supuesto que se trata de tres textos (el de esta primera parte, y los dos de la segunda) posibles y no pre-determinados. Existen muchos formatos disponibles para un mismo problema, pero su construcción revela un conjunto de decisiones que las autoras hemos tomado y que, al hacerlo, han significado dejar de lado otros caminos. Centrémonos, entonces, positivamente en estas elecciones, como solemos proceder en la vida.

1.3 Un incidente de campo

Era la tercera conmemoración que iba yo a presenciar en Buenos Aires, de la toma argentina de las Islas Malvinas (1982) por parte de la tristemente célebre dictadura militar argentina autodenominada 'Proceso de Reorganización Nacional' (1976-1983).

Contaba con desafíos de trabajo de campo intensivo, desde marzo de 1991, y estábamos en 1993, probablemente mi última asistencia en calidad de investigadora de las memorias argentinas del conflicto anglo-argentino por las islas sudatlánticas, en reconocimiento de una nueva identidad social en este país: la del ex combatiente o veterano de guerra. Aquel ejercicio concluía en el mismo punto donde lo había iniciado: un acto por el 2 de abril dirigido por Carlos y otros militantes de la 'causa Malvinas' abocados a mantener viva la llama de la soberanía nacional sobre las islas irredentas. Entre junio de 1989, cuando lo vi por primera vez, y abril de 1993, Carlos se había transformado en el principal dirigente de una importante organización de ex soldados de las Malvinas, el CAVIM (Centro Argentino de Veteranos de las Islas Malvinas). Con su ayuda conocí a muchos otros ex soldados y personal militar que había estado en el Sur. A pesar de prestarme temprana colaboración, sólo alcancé a mantener con él dos breves y casuales conversaciones, que no menguaban su extraordinaria colaboración. Por sus múltiples ocupaciones y por mis frecuentes viajes a la sede de mi doctorado en los EE.UU. y por algunas provincias de mi país, la relación se fue limitando a mis visitas a los actos públicos que convocaba su organización.

En 1992, el CAVIM inicio la práctica de organizar, en Capital Federal, cada 2 de abril, encuentros nacionales donde marchaban los veteranos del 'interior', representando al país entero. Las delegaciones desfilarían hasta el 'Monumento a los Caídos en el Atlántico Sur', el cenotafio de la Plaza General San Martín inaugurado en junio de 1990, partiendo de la Plaza de Mayo, centro político nacional, tras una misa en la Catedral Metropolitana a las 17h00 horas. Todo aquel trayecto cubriría alrededor de unas 20 cuadras

Llegue a las 17h10 al lugar, dispuesta a reencontrarme con quienes hacía algún tiempo no veía, Carlos y sus colaboradores entre ellos.

Avanzaba por la rampa de acceso cuando se acercó a saludarme un colaborador de Carlos. Encontré a la segunda esposa de Carlos, a quien conocía desde 1991, y le di un beso, pese a su actitud distante. Mientras saludaba a otros muchachos que estaban con ella, en voz bien alta ella comentó: 'están llegando los service'. Mire hacia la rampa de acceso adonde ella miraba, y vi fotógrafos, personal policial, transeúntes y ex soldados. Como nadie me dio pie para quedarme charlando, me fui al umbral de la Catedral, de pronto apareció Carlos, con uniforme de infante. Aunque no lo veía desde el año anterior, no mostró demasiado entusiasmo en el reencuentro, y siguió con sus preparativos. Me consolé pensando que 'tendría mucho que hacer' y que yo le resultaba una cara 'irrelevantemente familiar' Que como decía Malinowski, un 'mal necesario'. Subí a la entrada a esperar que ingresaran las delegaciones, cuando la mujer de Carlos se acercó y me dijo:

- "Mira: vos mantente lejos de los ex combatientes y de mi marido, porque no queremos gente de inteligencia en el Centro. Y cuidate, porque si no vas a perder tu trabajo en inteligencia".
- Con cara de no entender, le espete un "y, ¿...vos estás loca?" pero ya se había marchado.

Este tipo de episodios es uno de esos a los que tememos los antropólogos, una amenaza latente en toda investigación: el rechazo, no 'ingresar', y si hemos ingresado, que de un día para otro se nos declare 'persona no grata' y debamos irnos. El problema no es tanto no poder iniciar o completar el trabajo, ni cómo dar cuenta entonces de lo no realizado ante la universidad. El problema más acuciante es que no acceder o peor aún, ser expulsado cuestiona nuestras fibras más íntimas. Depositamos la legitimidad de nuestro saber en los cursos de teoría y metodología, y creemos que con ese bagaje podemos conocer a otras personas, mostramos parecer socialmente dúctiles y culturalmente accesibles. Lo que nos jugamos en el campo, cada uno en su solitaria y frecuentemente incomprendida individualidad, es más, mucho más que lo académico: es la utopía de creernos social y culturalmente solidarios, abiertos, y distintos del común de la gente; estamos dispuestos a escuchar y a entender lo que otros no escuchan ni entienden. Aquí reside nuestro maravilloso don: en poder 'ganar el campo'. Una hecatombe como esta se nos convierte en un forúnculo

humillante que nos obliga a resignificar nuestra devoción antropológica, y a preguntarnos si 'hemos nacido para esto'.

Apenas se marchó la mujer de Carlos pensé que, al menos, ahora sabía qué pensaban de mí, y el por qué de aquella indiferencia. Pero no entendía cómo, al cabo de tanto tiempo, Carlos y ella estaban tan seguros de mi doble identidad (no debía haber sido al revés: duda al principio, confianza después). Quise creer que la situación se revertiría al carecer de pruebas fehacientes. Si bien sabía que los ex soldados guardaban cierta desconfianza, bastante justificada por estar bajo la permanente vigilancia de los organismos de inteligencia estatales y militares, aun en democracia, supuse que esta se atenuaría con el tiempo, mi trabajo y mi conducta. Además, Carlos había cursado desafíos de la carrera de Antropología y teníamos conocidos en común. Me había requerido y escuchado presentarme como investigadora del CONICET, el organismo estatal de ciencia y tecnología, como docente de 1a universidad y como alumna de un doctorado en los EE.UU., y nunca lo había objetado. ¿Dónde estaba pues el problema?

Completamente aturdida sentí que me transformaba en una columna más de la Catedral. Dude qué hacer sin ver ni escuchar. Me recordé a mí misma que estaba ahí para registrar lo que quizás sería el último 2 de abril de mi investigación. Después de todo no tenía nada que ocultar, ni de que avergonzarme. Pero aunque decidí hacer lo que tenía previsto, pude bastante poco desde mi deprimente estado de ánimo con el cual acompañaba al acto en otra sintonía. Mi única capacidad fue la de registrar generalidades y la de efectuar, de manera espontánea, un veloz relevamiento sobre las reacciones de los demás hacia mí. Cualquier gesto podía indicar la ratificación de las palabras de la mujer de Carlos. El incidente me había hipersensibilizado y observaba mis actos como si colgara de mi cuello la campanilla medieval de los leprosos. Transcurrió la marcha y el acto final hasta que otro veterano me presentó a una joven estudiante de Ciencias Sociales que se había acercado al acto para enterarse de la condición de los ex combatientes. Mientras él se alejaba con los suyos, me quedé conversando con ella y fui, irónicamente, la última en marcharme de donde me habían echado (Guber, 1994).

1.4 Un ejercicio de reconocimiento de la reflexividad

Sabía entonces que anécdotas como éstas abundan en nuestro quehacer y que son parte constitutiva de un extraño disciplinamiento en el que nos volcamos con afán a quebrar nuestras certezas. Choques de esta índole junto a los innumerables malentendidos suelen explicarse como obstáculos en el aprendizaje de la etiqueta local, una especie de segunda socialización en una cultura distinta. Pero esto debe suceder al comienzo, no cuando se concluye el trabajo de campo y se conocen las reglas del juego local. La acusación era a todas luces falsa pero operaba con toda la fuerza de una verdad irrefutable.

Lo único a lo que atiné cuando llegue a mi casa fue describir que me había ocurrido, la sucesión fáctica y todas las sensaciones que fui capaz de registrar de mí misma, tal como acabo de transcribirlas aquí, y que fueron parte de mis notas de campo. Al día siguiente me apresure a circular por todos los ámbitos que había conocido y que podían o no pertenecer al CAVIM, para alertar a mis otros interlocutores acerca de la acusación y darles la posibilidad de que no me recibieran más. Las reacciones a mi advertencia-pedido de auxilio me tranquilizaron un poco. Nadie se sorprendía demasiado, no porque se arriesgaran por mí, sino porque acusaciones como esa eran moneda corriente entre ellos mismos. Empecé a pensar que había allí una lógica que, probablemente, no denunciaba mi falta de acceso y que podía tratarse de algún giro de tipo personal. Pero entender que quizás había ingresado demasiado, y que se me aplicaban a mí las mismas premisas que operaban entre ellos me llevó mucho más tiempo.

A la semana tuve un fugaz encuentro con Carlos en la sede del CAVIM para encontrarme con una pared que ratificaba todo lo dicho por su esposa. Incluso saco a relucir sus conocimientos de antropología, su rol en el colonialismo y la asistencia de los antropólogos de cultura y personalidad durante la Segunda Guerra Mundial, como asesores del Gobierno norteamericano. Registré cada uno de estos intercambios en mis notas, y los dejé en barbecho hasta poder hacer algo con ellos.

Fue un par de meses después cuando intenté convertir mi desazón y mi búsqueda de sentido en una reflexión académica, soñando con el vano amparo que me proveerían mis colegas ante tanta desventura e ingratitud.

¿Cómo proceder con esta anécdota personal? Integrándola a mi investigación. Sospechaba que debía existir alguna relación entre lo ocurrido y mis objetivos –la identidad social de los veteranos ex combatientes de Malvinas– y con alguna cuestión relativa al trabajo de campo. Para ese entonces, no sé bien por qué, había comenzado a leer textos relativos a los debates acerca de los ‘antropólogos nativos’ que desde mediados de los años sesenta, discurrían en torno a las bondades y limitaciones de la extranjería o la natividad de los antropólogos con respecto a los pueblos que estudiaban. Las opiniones se dividían. Quienes ponderaban la extranjería sostenían que la mayor distancia contribuía al conocimiento objetivo del Otro sin caer en los preconceptos locales, promoviendo la curiosidad y garantizando así un conocimiento neutro, válido y científico (Beattie, en Aguilar 1981: 16-17). Quienes ponderaban el activismo afirmaban que sólo los intelectuales locales podían entender la vida de sus pueblos sin caer en el exotismo y la ingenuidad, ganando tiempo en la laboriosa tarea de aprender la lengua nativa. Los prejuicios locales podían corregirse, pero el acceso a los informantes era más directo (Nkunya, Uchendu, D.Nash, en Aguilar, 1981).

Aposté en esta línea por intuición y porque, pensándolo bien, mis acusadores me habían excluido, me tildaban de persona poco confiable. Sin embargo, mi incidente no me ubicaba en ninguna de estas categorías porque yo era una antropóloga nativa que, sin embargo, había sido rechazada por su supuesta adscripción encubierta a un organismo del Estado de mi país y del país de los ex soldados. En todo caso mi marginalidad a estas categorías claras –nativo o extranjero– no permitía identificar las distintas acepciones y prácticas de extranjería y natividad que puede suscitar una misma relación. Sin darme cuenta todavía, había encontrado un buen punto desde el cual poner en diálogo aquella literatura con mi caso del 2 de abril del 93. ¿Dónde estaba el fallo teórico del debate? El punto era que, pese a su aparente oposición, ambas posturas coincidían en erradicar o simplificar, mediante la distancia (extranjería) o la fusión (nativismo), la relación entre investigadores e investigados como dos sujetos distintos pero presentes en el trabajo de campo (Guber, 1994). El investigador desaparecía de escena y junto con él se evaporaba la relación de campo la cual quedaba invisibilizada como una relación social modelada por las condiciones coyunturales y estructurales de la situación.

Si mirar reflexivamente era atender a cómo mi presencia o, mejor dicho, mis sucesivas presencias a lo largo de más desafíos de campo, era interpretada, modelada y vuelta a modelar por mis interlocutores creando distintos contextos de interpretación de la relación, de su crecimiento como ex soldados organizados, y de mi propia labor como investigadora, entonces la acusación no era ni a mi esencia ni era esencialmente definida, no era atemporal ni era universal; obviamente tampoco significaba lo mismo que hubiera ocurrido casi al finalizar mi trabajo (cosa que yo sabía, no necesariamente ellos) o a cuatro años de conocer a Carlos y a su mujer. Por todo esto, reducir un debate sobre la natividad del antropólogo a una cuestión de credenciales nacionales es convertir la nacionalidad y la ciudadanía en una definición inmanente, en vez de una construcción recíproca donde yo podía presentarme como argentina, frente a gente que también presumía de tal, con el respaldo de haber asistido a un teatro de operaciones en representación de su (y mi) país. La cuestión no residía en dirimir si yo compartía el mismo sello del Estado argentino que mis interlocutores de campo, sino en reconocer qué hacían ellos con mi nacionalidad en esas circunstancias. Y era ese qué hacer el que yo debía analizar. Y así procedí.

Por razones éticas he preferido modificar todo dato que permitiera identificar a los protagonistas reales del incidente y a sus organizaciones, información que para los efectos de este artículo, no sería pertinente.

Patricia E. Sánchez, comunicación oral, 1993.

2. Para leer e interpretar un texto etnográfico

Prosiguiendo hacia la segunda parte de este informe, es mi intención aquí recorrer el camino que une el campo y el texto etnográficos desde el texto o producto final hacia el campo, complementando la dirección que ha sido objeto de la primera parte, cuando analicé un incidente de mi trabajo de campo examinando cómo operó la explicitación reflexiva en la problematización del problema de investigación. Presento entonces algunos lineamientos generales para leer un texto etnográfico, y ejemplifico luego con una etnografía breve que elegí por su organización textual. Intento así alcanzar alguna conceptualización acerca de cómo funciona, en

términos prácticos, el planteo del problema o pregunta de investigación, la solución o respuesta, el trayecto argumental y la articulación entre material empírico y teoría. ¿Cómo se plantea la pregunta etnográfica? ¿Cómo se radica la discusión teórica? ¿Cómo procede el argumento a lo largo de los capítulos? ¿Cómo funciona la evidencia? ¿Cómo diseña la autora su lugar en el debate más general? ¿Qué lugar ocupan las categorías analíticas y las categorías nativas, y cómo se vinculan entre sí? Y, por último, ¿guarda la organización textual alguna relación con el trabajo de campo?

La etnografía elegida no debe tomarse como un modelo a seguir, sencillamente porque, según veremos, cada texto etnográfico resulta de un campo específico que se revela no sólo en la evidencia, sino en las formas de plasmar el argumento y manejar los datos. Por consiguiente, existen muchos formatos posibles incluso para un mismo problema. Más aún: el tejido del texto etnográfico revela un conjunto de decisiones que proceden no sólo de los llamados ‘marcos teóricos’ de su autora, y que yo preferiría llamar ‘perspectivas teórico-prácticas del investigador’, sino también de la conformación coyuntural de un campo de discusión disciplinar con otros interlocutores (lo que suele denominarse ‘estado de la cuestión’) y de las vías de acceso, permanencia y egreso de la investigadora en el campo.

Este enfoque procede de una práctica etnográfica (en su triple acepción) que fue magníficamente expuesta por la obra fundacional de la antropología moderna, *Los argonautas del Pacífico Occidental*, de Bronislaw Malinowski (1922). Allí su autor describía qué era el Kula para los trobriandeses y otros pueblos con los que éstos intercambiaban collares y brazaletes de caracoles, los cuales revelaban las ansias aparentemente inútiles de los nativos. Para dilucidar el sentido de esta práctica, Malinowski revisaba todas aquellas actividades que le estaban asociadas. Su primer capítulo descriptivo era la construcción técnica de la *waga* o canoa (capítulo 4), para recorrer con ella todas las instancias terrestres y marítimas en que los nativos iban en busca de sus *partenaires* de intercambio. *Los argonautas*, el texto, hilvana los capítulos a través del viaje o expedición Kula, pasando revista a todas las dimensiones de la vida social, económica, política y espiritual, tal y como aparecen vinculadas en las ocasiones ordinarias y extraordinarias que experimentan los trobriandeses. A continuación expondré la trama textual de *Bolivianos, paraguayos y argentinos en la obra*

de Patricia Vargas, proponiendo, con David Jacobson, una metodología necesariamente general para abordar el texto etnográfico.

2.1 ¿Cómo leer una etnografía?

Siguiendo con el esquema propuesto por Jacobson, una etnografía es un texto que presenta una pregunta o problema, y una respuesta o solución. Problema y solución, pregunta y respuesta, están articuladas por un argumento que consiste en la presentación de una tesis (*claim*) la respuesta o solución que responde a la cuestión, pregunta o problema. La tesis se sostiene sobre cierta evidencia que se dispone en el argumento y que proviene del material empírico que el investigador ha obtenido en su trabajo de campo. Ahora bien, plantear una cuestión, proponer una tesis, articular un argumento, alinear capítulos y secciones, presentando las evidencias tan diversas que provee el campo etnográfico, son tareas que tienen su complejidad: ¿cómo accedemos inicialmente a la etnografía?, ¿cómo se plantea el problema o pregunta?, ¿en qué nivel de abstracción?, ¿cómo, cuándo y dónde se plantea la tesis?, ¿cómo vincula el argumento el problema con su solución?, y ¿cómo se organiza en unidades distintas y se dispone en cada una de ellas el material obtenido en forma a menudo simultánea, azarosa, y en un extendido periodo?

Veremos responder estas preguntas en una investigación de una antropóloga social que concluyó su maestría en FLACSO. Su trabajo fue realizado en la Argentina, en la ciudad de Buenos Aires, y tiene la particularidad de encarar una temática muy transitada por la literatura de las Ciencias Sociales, desde una óptica novedosa por su perspectiva, sus materiales y sus conclusiones.

2.2 Bolivianos, paraguayos y argentinos en la obra (Patricia Vargas). Identidades étnico-nacionales entre los trabajadores de la construcción

Esta investigación consta de una introducción (con 5 páginas), cinco capítulos (capítulo 1 con 10 páginas; capítulo 2 con 17; capítulo 3 con 15; capítulo 4 con 11 páginas, y capítulo 5 con 13), una conclusión (de 3 páginas) y la bibliografía (de 4 páginas; ver índice completo en el apéndice). El tema, como deja en claro el título, versa sobre etno-nacio-

nalidades en el mundo del trabajo en el rubro de la construcción de inmuebles residenciales (casas, edificios de departamentos, petit hoteles...). En palabras de la autora, “El tema de este libro se ubica en la intersección entre migración, etnicidad y trabajo” (Vargas: 17¹). Su objetivo, tal como lo explicita, “es analizar los procesos de actualización de identidades étnicas en uno de los múltiples espacios donde migrantes y nativos entran en contacto cotidiano: el mundo del trabajo” (ibíd.). Tras aclarar que la identidad étnica es, según afirma Fredrik Barth (1969), no tanto una esencia manifiesta en rasgos propios y exclusivos, sino una “forma de organización de la interacción social”, Vargas (ibíd.) explicita su pregunta: “Pretendo en este estudio argumentar por qué la adscripción nacional resulta una vía significativa de expresión de identidad étnica en el rubro de la construcción”. De este planteamiento debemos inferir que la autora ha adoptado una perspectiva constructivista de la adscripción étnica o nacional, y que dicha adscripción depende en buena medida del ámbito en que se produzca la interacción entre los actores sociales. Así, podemos inferir también que en el mundo del trabajo esa construcción etno-nacional tendrá una dinámica específica. De todas las posibilidades que ofrece ‘el mundo del trabajo’ Vargas ha elegido el rubro de la construcción. Metafóricamente hablando, la construcción se refiere al rubro laboral y a la perspectiva teórica; ¿será que ambas logran articularse a lo largo del texto?

Tenemos ante nosotros dos vías posibles de análisis para proseguir. Una es la relevancia del tema y de su enfoque para la gestión política y social, y para los debates en Ciencias Sociales. Otra es la construcción del texto mismo, su lógica y su ilación. Ciertamente la una no puede entenderse sin la otra, pero son relativamente autónomas. En todo caso, la primera es importante porque habla de qué llevó a la investigadora a este tema y a adoptar cierto posicionamiento que puede, o no, verse confirmado por la investigación. Ese posicionamiento es teórico-metodológico y es siempre, se explicita o no, político y personal. Pero la segunda vía de análisis la textual es absolutamente imprescindible porque constituye el vehículo a través del cual la autora puede plasmar, en este caso por escrito, aquello que encontró. Estas dos caras guardan cierta coherencia, aunque no se expliciten sus principios. De todos modos no es el caso de Vargas que sí los pone de manifiesto, remitiendo las razones personales a su

ascendencia chilena y a su infancia y adolescencia en un humildísimo barrio de la fría y ventosa Patagonia atlántica (porción austral argentina). Fue allí, y sobre todo en la escuela, donde Vargas aprendió que “ser hija de chilenos era feo y vergonzoso y que, salvo que estuviera ‘con los parientes’, era mejor no decirlo” (ibíd.: 18). Este señalamiento es proyectado por la autora a una esfera más amplia, permitiéndole explicitar por qué eligió este tema, pero además señalar que las razones de dicha elección se articulan con la literatura existente. Así, haber sido objeto de discriminación etno-nacional la ha conducido a interrogarse sobre el lugar explicativo que detenta la discriminación en la posición social de los nacionales de países limítrofes, según otros científicos sociales.

Precisamente serían éstos sus interlocutores. Una extensa literatura se ocupa de los ‘migrantes limítrofes’ (de Bolivia, Chile y Paraguay) desde la perspectiva de los procesos de expulsión (de sus países de origen) y de atracción (a la Argentina). Vargas pasa revista a este material que presenta históricamente el proceso de inmigración, y examina sus principales rubros laborales: la actividad agropecuaria y la industria de la construcción edilicia. Apunta, entonces, que “algunos autores interpretan este proceso [...] como inserción selectiva en determinados segmentos del mercado laboral” (ibíd.: 25), siendo dicha inserción la de “empleos mal pagos, inestables y con pocas posibilidades de ascenso” (ibíd.: 26). Esta inserción desventajosa obedecería al aprovechamiento de los empleadores de los inmigrantes indocumentados para abaratar los costos de mano de obra, y, por lo tanto, para la prosecución de la discriminación de estos sectores. Así, los migrantes limítrofes serían víctimas de una segmentación etno-nacional horizontal en los estratos más bajos de la industria constructiva (ibíd.). La relación entre migrantes limítrofes y nativos argentinos sería sintetizada por estos autores como de exclusión, marginación y discriminación hacia los primeros, consagrándose así la posición socioeconómica desfavorable en virtud del estigma que pende, en la Argentina y en muchos países de América Latina, sobre quien no es blanco (ibíd.: 30).

¿Qué respuesta dispensa Vargas a esta cuestión? Al cabo de *Bolivianos, paraguayos...* concluye que el rubro de la construcción se organiza en términos a la vez formales e informales, rozando la ilegalidad cuando se infringen las normas oficiales de empleo y de seguridad, y que es debido a esta estructura que una segmentación vertical, no horizontal, de

sus trabajadores según su adscripción etnonacional resulta funcional. La industria de la construcción está siempre al borde del conflicto jurídico, y los empresarios buscan precaverse de los juicios y de todo inconveniente conexo que paralice la obra. Los empresarios no quieren quilombo, expresión derivada de las aldeas de negros esclavos huidos de las plantaciones de Sudamérica, y que en la jerga argentina significa ‘conflicto’, ‘problemas’. Así:

la adscripción nacional hace posible, como parte del proceso de producción de confianza y de reputación social, el funcionamiento de la industria de la construcción en los términos señalados (formal-informal) (ibíd.: 32).

Esos términos señalados, que resume una y otra vez al comenzar y al finalizar su trabajo, no dependen del prejuicio de los argentinos blancos, que ciertamente existen, sino de la estructura misma del rubro constructivo.

La industria de la construcción produce a la nacionalidad como una forma de expresión de identidad étnica, es decir, como un modo de organizar las diferencias a través de la adscripción a valores y prácticas considerados básicos que, actualizadas en el contexto laboral, coadyuvan al sostenimiento de una forma específica de dominación y explotación. La confianza, como las estructuras producidas por el hormigón, hace posible la construcción del rubro mismo de la construcción; sólo que a diferencia de la rigidez del cemento, la confianza y la adscripción nacional deben seguir fluyendo (ibíd.: 104-5).

Y esto ocurre porque la confianza fundada en el argumento de la connacionalidad actúa como garante por conocimiento, acceso y control de la ‘tranquilidad’ (trabajo, ingresos, contratación, calidad técnica, reproducción social y laboral), y como opuesta a los conflictos siempre latentes (‘el quilombo’) en esta industria, entre empresarios, contratistas y trabajadores, en un rubro central de la economía donde se combinan la informalidad y la formalidad, la terciarización y el alto riesgo, que da empleo a personal con amplias gamas de especialización y capacitación, y que por eso mismo asegura la inclusión de las clases trabajadoras y de los desempleados. La etnicidad, expresada como connacionalidad, se entabla previamente a la relación laboral o mediante elementos externos a ella, y actúa como recurso en el equipo conformado por el contratista y sus empleados. La adscripción a un origen común se extiende del contratista a sus empleados; es el contratista quien les da identidad a sus ‘muchachos’,

los califica, eventualmente les enseña, los despide, los reúne, les paga o les presta, los promueve y asciende. A la inversa, los empleados hacen un trabajo que se imputa a la responsabilidad del contratista frente a la empresa (ibíd.: 67).

Desde esta perspectiva, la discriminación existe pero cobra otro sentido, dinámica y función; no es necesariamente una actitud privativa de los argentinos, ni una disposición negativa; no resulta en la segregación horizontal de los supuestos discriminados, ni tiene como objeto a quienes efectivamente han nacido en otros países; tampoco es una actitud principista o pre-juiciosa. Antes bien, es “la adscripción nacional la que hace posible este proceso”, la que hace posible la organización vigente conforme a la legislación nacional y a la legislación gremial, del trabajo en la construcción (ibíd.: 27). En este sentido, también los bolivianos y paraguayos deben discriminar y discriminar-se pues intervienen en este mercado laboral separándose diferenciándose de otros grupos de oficio, capacitación y especialidad apelando a la nacionalidad.

Siendo ésta su tesis, ¿cómo la sustancia y cómo la demuestra? Apelando a cierta metodología que le ha permitido obtener información que ha convertido en datos, y desplegando estos datos a lo largo de determinado hilo argumental organizado en capítulos. Nuevamente es necesario distinguir aquí el nivel teórico-metodológico del textual. Dado que aquí nos estamos ocupando de un texto etnográfico, nos referiremos a datos y a metodología tal como aparecen argumentalmente en el desarrollo de la obra.

En un fragmento de la introducción esclarece la metodología seguida, con la cual ha obtenido las evidencias de su argumento para desembocar en su respuesta. Vargas aclara que ésta fue una investigación de tipo etnográfico, abrevando en un enfoque que le permitió desnaturalizar las categorías habitualmente empleadas por los científicos sociales que son, además, las mismas con las que el Estado clasifica al migrante y al nativo. Esa desnaturalización le ha permitido modificar el sentido de “nacionalidad” como categoría estatal de clasificación, transformándola en un instrumento para comprender el sentido práctico de acciones que están reguladas por significaciones múltiples y variables, no sólo por la significación económica (ibíd.: 21). Aclara también que ha desarrollado su investiga-

ción de campo a lo largo de tres años, asistiendo a obras en construcción de dos a tres veces por semana, dos horas por día, aunque si las circunstancias lo requerían podía permanecer por más tiempo, y acudir de manera más continuada (ibíd.). Su unidad de estudio fue la ciudad de Buenos Aires donde se ubican “las obras” para las que trabajaba su cuñado Felipe correspondientes a empresas pequeñas unipersonales con dos personas ocupando el nivel jerárquico (ibíd.: 19). Su unidad de análisis fue ‘la obra’ y su unidad de observación fueron los emprendimientos de ‘Fernando Producciones’ (nombre ficticio), donde convergían el empresario y el personal jerárquico (arquitecto adjunto y jefe de obra); los trabajadores especializados en un oficio: carpinteros, armadores, albañiles, electricistas, calefaccionistas, plomeros, colocadores, pintores, individualmente, de a pares o en grupos, todos los cuales constituyeron su universo. El número de trabajadores variaba según la magnitud de la obra. El acceso a cada grupo fue mediado según el caso. En el barrio de Caballito, en la primera obra que visitó (que ella llama Caballito I) fue introducida por el contratista Mamaní quien le permitió acceder a los colocadores bolivianos (que hacen la terminación de pisos y paredes del edificio) y a Ramírez, el yesero también boliviano. En Caballito II accedió a los argentinos de la albañilería, al paraguayo de la electricidad, y al plomero boliviano. Pero una jornada decidió asistir a una obra desde sus mismas bases. Allí conoció a los paraguayos del hormigón, que fueron sucedidos por los albañiles (argentinos) y los colocadores (bolivianos) (ibíd.: 20). Se trataba, en suma, de tres grupos de trabajadores, cada uno adscripto a una nacionalidad: los paraguayos del hormigón, los bolivianos de la colocación y los argentinos de la albañilería y de la empresa constructora. El universo estaba integrado por la empresa, el personal propio y jerárquico, los trabajadores individuales de alguna especialidad (plomaría, yeso, electricidad, etcétera.), y los contratistas con su personal. Era en este último nivel que aparecían las nacionalidades como significativas. Finalmente, Vargas detalla qué técnicas de obtención de datos utilizó y las refiere como técnicas etnográficas: la observación participante, la conversación y la entrevista no directiva (ibíd.: 21).

La literatura llamada ‘posmoderna’ de George Marcus, James Clifford, Stephen Tyler, entre otros, señalaba en los ochenta que las referencias a la metodología de campo operaban como garantes de la legiti-

dad que el etnógrafo asumía por ‘haber estado allí’. Sin embargo, conviene apuntar que la alusión a los métodos tiene un lugar en el texto que puede o no estar articulado con su línea argumental y con su contenido, como demuestra Jacobson con las etnografías clásicas, especialmente en *Los Nuer* de E.E. Evans-Pritchard. Así, uno podría preguntarse, por ejemplo, en qué incidió que Vargas asistiera a la obra algunos días por semana, y qué continuidades observó en su trabajo de campo. Más aún, por qué ingresaba a la obra como si se tratara de estratos nacionales, en vez de asistir siempre a todo el proceso desde sus comienzos. Por el momento cabe señalar que su ingreso por Fernando Construcciones y por Mamaní, el contratista, es absolutamente congruente con la estratificación etno-nacional de una obra en construcción. Tal como vimos más arriba, ella pretendía conocer cómo operaba la discriminación etno-nacional en este rubro; entonces, era lógico que accediera conforme y a través del grupo discriminado, los bolivianos, el primer grupo de su interés. Además, el ingreso vía la empresa era inexorable, ya que no hubiera podido atravesar el portón de entrada sin la autorización de la jerarquía y, sobre todo, sin el equipamiento de seguridad, lo cual consta en una foto de la autora con el debido casco (ibíd.: 54).

Ahora bien: entre dicho comienzo y la presentación final del texto, hay una distancia que se recorre argumentalmente a lo largo de cinco capítulos. En el primero, “Migrantes y nativos en la obra. Antecedentes cuantitativos y cualitativos de la presencia de los bolivianos, paraguayos y argentinos en la industria de la construcción” presenta el fenómeno migratorio limítrofe en la Argentina, y las posiciones con las cuales discutiré, esto es, sus interlocutores. Para ello establece un breve estado de la cuestión con los aportes de las Ciencias Sociales en torno a la inserción laboral de estos migrantes, el papel de las redes para ellos, y la intervención de la sociología y de la antropología generalmente enfocada desde la discriminación y el prejuicio hacia los limítrofes como exponentes de lo desconocido y de un otro no nacional (ibíd.: 22). Valiéndose de las categorías teóricas de Fredrik Barth y Sandra Wallman (relaciones interétnicas, fronteras étnicas, adscripción nacional como expresión de etnicidad en tanto recurso; estigma; adscripción nacional como posibilitadora y performativa de la organización del trabajo) y de la dimensión formal e informal de la industria de la construcción, concluye proponiendo un análisis no estatizado ni primordialista sobre la adscripción nacional (ibíd.: 23).

Los capítulos restantes organizan la evidencia. En el capítulo 2 “El trabajo en la obra. El orden técnico empresarial, las tareas y los oficios” describe:

El proceso de trabajo en la industria de la construcción de inmuebles desde la perspectiva de la empresa y de los distintos grupos de trabajadores, a partir de la lógica técnica por la cual la empresa ordena y convoca a los trabajadores de distintos oficios al espacio social donde se construye y al que todos sin excepción llaman ‘la obra’ (ibíd.: 22).

Se trata, pues, de describir el proceso de trabajo en la industria de la construcción de inmuebles desde la perspectiva jerárquica y de los grupos laborales comprendiendo las etapas y tareas, las especialidades, fundamentalmente la del hormigón (los cimientos y la estructura), la albañilería (pisos y paredes, aperturas y corredores) y la colocación (terminación, azulejado, baldosa). Aunque su foco analítico en este capítulo sea el espacio social donde se construye la obra, la lógica técnica no es una; responde a la empresa y a los trabajadores según su especialidad y según dos niveles de participación: el grado de especialización y la posición en la jerarquía (ibíd.: 33). Lo importante aquí es que Vargas explicita los actores principales de la obra, sus dimensiones témporo-espaciales, las actividades que entraña el proceso técnico de la construcción, pero no habla todavía de la adscripción nacional. De hacerlo estaría tomando como dada la constitución de grupos nacionales, que es precisamente lo que ella busca develar.

En el capítulo 3, “La empresa, los contratistas y los muchachos. Formas de ingreso, procesos de aprendizaje y mecanismos de promoción en la industria de la construcción”, explicita qué otras racionalidades, además de la estructuralmente económica y técnica, operan en la construcción y en la reproducción de este campo de relaciones entre comitentes, contratistas y empleados. Suministra información sobre las formas de ingreso de los trabajadores a la obra, los modos de aprendizaje y de transmisión del oficio y los mecanismos de promoción dentro del escalafón laboral, y el papel de la adscripción nacional en este proceso. Logra así poner en movimiento las posiciones presentadas en el capítulo anterior, mediante las relaciones sociales entre los trabajadores, los contratistas y la empresa. De este modo, el tercer capítulo muestra todo aquello que permite que el proceso técnico funcione: relación laboral, acceso al trabajo,

capacitación y promoción, desde las relaciones de producción y subordinación. El lugar que ocupa lo nacional en este proceso se encara desde la descripción de los grupos y sus relaciones laborales, no desde la credencial expedida por un Estado nacional. El contratista es, aquí, la pieza maestra del trabajo constructivo en sus dos sentidos: como etno-nacionalidad y como edificación. El contratista es el articulador entre empresa y trabajadores, entre gremios y especialidades, y entre ‘sus muchachos’; es maestro, evaluador, empleador, promotor, compadre y también connacional. Lo nacional sintetiza, entonces, la durabilidad del vínculo trabajador-contratista, vínculo que opera como columna vertebral del trabajo en la obra pues garantiza la calidad y la disposición para el trabajo, aún del que no será pagado (los trabajadores saben que, de ser necesario, permanecerán completando la tarea fuera de hora); garantiza las ganancias para el contratista, el empleo para el trabajador, y la seguridad del reenganche, esto es, de que será empleado en la próxima obra. La nacionalidad empieza a funcionar como base de la ‘confianza’, fundamento de la reciprocidad asimétrica sobre la que se monta la obra. Por eso Vargas dice que la confianza es como el hormigón pero... opera con mayor fluidez (ibíd.: 104-5).

Recién en el capítulo 4 las adscripciones nacionales ocupan el lugar central: “Bolitas, paraguas y criollos. Adscripción nacional y migración: significado y expresión de la identidad étnica de los trabajadores de la construcción”. Una vez presentado el proceso técnico y los grupos de trabajadores, se elaboran aquí los sentidos y modos de actualización de la identidad étnica como adscripción nacional, en la dinámica de la formación de los grupos. Ser argentino, boliviano y paraguayo no se acota a la nacionalidad estatal de cada individuo, sino a su adscripción a grupos identificados nacionalmente, que operan como grupos étnicos a la Barth. Ello admite, entonces, que el grupo de bolivianos esté integrado por argentinos que ni siquiera guardan el fenotipo correspondiente a la población altiplánica. Coherentemente con el desarrollo anterior, las significaciones que la adscripción nacional y hasta la localidad de origen *cum* adscripción étnica presenta para los actores, dependen de contextos determinados por el rubro constructivo, pudiendo ser recurso, legitimación de la posición ocupada, etcétera (ibíd.: 76). Como resultado de lo tratado en los capítulos 2, 3 y 4, entonces, la única segmentación étnica horizontal que Vargas constata es la que opera en el nivel directivo: la empresa y los arquitectos son todos argentinos. La segmentación étnica vertical por gru-

pos reúne, en torno del mismo contratista, a quienes practican una misma especialidad.

Por último, el capítulo 5 “Tranquilidad y quilombos en la obra. La lógica de los intercambios y sus implicancias en las contrataciones, la seguridad laboral y otros recursos materiales y simbólicos de los trabajadores de la construcción”, muestra el sentido práctico desde el cual los empleadores y trabajadores conciben las contrataciones e intercambios, que revelan un modo de organización de esta industria y a cuyo funcionamiento contribuye la adscripción nacional. Ésta contribuye al funcionamiento de un ámbito laboral de la economía a la vez formal e informal basado en la lógica práctica de la palabra y la reputación *vis-à-vis* las clasificaciones estatales y sociológicas (ibíd.: 87-88). La empresa mantiene una relación laboral distinta según se trate de personal propio, por tanto y por día, y de personal contratado, lógica que se reproduce al interior de cada grupo. La confianza garantiza las relaciones informales atinentes al trabajo (inscripción, derechos), la vida (la cuestión del riesgo laboral) y a las condiciones de vida (los beneficios extra laborales).

Tal es la construcción argumental que Vargas pensó para su texto etnográfico. Sin embargo, no fue ésta su primera opción. Al iniciar su redacción creyó que, siendo fiel a su objeto de investigación, etno-nacionalidad y trabajo, debía respetar la perspectiva de cada grupo nacional asignándole a cada uno un capítulo. El primero se destinaría a la empresa, el segundo a los paraguayos, el tercero a los argentinos y el cuarto a los bolivianos en orden de aparición en la escena. Dicha opción respondía al devenir de su trabajo de campo y a la secuencia que había descubierto al asistir a las obras. Habiendo sido Mamaní su primer contacto, ella ingresó a la obra cuando Mamaní y sus colocadores estaban trabajando. Pero, para su sorpresa, ellos terminarían con su tarea en pocos días y dejarían la obra a los pintores. ¿Por qué? Porque la colocación de baldosas y azulejos era la última fase del proceso y, en verdad, la única que los involucraba como tales (como ‘bolivianos’). Entonces, Vargas tendría que emigrar con ellos a otro edificio. Ella no sabía que su permanencia sería tan breve y, de haber tomado sólo a ‘los bolivianos’ como su sujeto de estudio, los hubiera desgajado del proceso de trabajo, tanto del técnico como del social. Decidió entonces aparecer por otras obras en ciernes y al poco tiempo resolvió ir a una que estaba por comenzar. Así encontró a los paraguayos

del hormigón y a todos los que les siguieron, hasta los bolivianos de la colocación.

Este viraje en el campo significaba, a la vez, un cambio rotundo en la perspectiva sobre el problema, pues anclaba las etno-nacionalidades en el proceso de trabajo de un tipo particular de producción. Otra cosa hubiera sido la costura o la horticultura, en la que participan también migrantes de Bolivia. A partir de entonces la articulación entre ‘discriminación y etno-nacionalidad’ sólo encontraría sentido en la dinámica y la organización productiva de la construcción edilicia. Tenemos aquí un descubrimiento de esta investigación y, sobre todo, una focalización o acotamiento del enorme objeto ‘etno-nacionalidad-discriminación’. Ciertamente cuando se comienza una acción investigativa los objetos de conocimiento son imprecisos y abiertos, demasiado abarcadores. En el proceso de conocimiento mismo es cuando el problema se acota, se radica y cobra cuerpo, realidad y, también, factibilidad.

Ahora bien, este viraje demoró en ser incorporado al hilo argumental. Incorporar el proceso de trabajo de la construcción no eliminaba el problema inicial, sino que lo replanteaba, pero la autora siguió pensando en un texto integrado por capítulos etno-nacionales. Sólo que en estos términos, no hallaba dónde describir los condicionamientos de la organización del rubro constructivo que venían a ser, con creces, ¡su mayor descubrimiento! Reescribir los capítulos empiezan por el proceso técnico, luego las relaciones sociales, luego el lugar de la etno-nacionalidad, y finalmente la dinámica formal-informal-ilegal del rubro edilicio, no le requería otros materiales, sino un trazado nuevo que sí desembocaba en el último capítulo, el que tras una detallada descripción, permitía explicar por qué la construcción requiere la segmentación etno-nacional, y por qué ésta debe ser vertical (por gremios) y no, como se supone, horizontal (los peores trabajos).

Resulta evidente, a esta altura de la exposición, que el orden de la investigación no es el de la presentación. Sin embargo, uno no existe sin el otro, aunque sea siempre necesario ser capaz de revertir el orden y quedar abiertos a lo que los datos dicen y a una modalidad de planteo del problema que ciertamente proviene de la teoría. Pero la teoría sola no garantiza la novedad: debe existir algún margen para que el campo hable y para

que podamos verlo y escucharlo y, finalmente, registrarlo. Si esto es así la teoría funciona más como un dispositivo de esclarecimiento para convertir los datos en vehículos de debate académico. Los trabajadores de la construcción y la empresa, sobre todo, saben de sobra cuál es la realidad constructiva, pero sus nociones, que integran sus teorías prácticas, requieren ser puestas en diálogo con las teorías académicas. Que la investigadora pueda dar cuenta de ello para el debate académico requiere de otras cuestiones: conceptos analíticos, método de investigación y de exposición, jerga académica, secuencia argumental, etcétera. Pero si la investigadora es sensible a las novedades que produce el campo, y especialmente a aquellos datos que aparentemente son disonantes con su 'marco teórico' (los limítrofes son discriminados horizontalmente) entonces podrá poner en debate las teorías y prácticas académicas (discriminación, segmentación horizontal, migrante, asistir a la obra sólo cuando trabajan los bolivianos, de por sí un acto investigativo 'discriminatorio') y las teorías y prácticas de los trabajadores y empresarios. Sólo así podrá pues reintegrar a la totalidad social lo que la ideología parcializa y fragmenta.

2.3 Conclusiones

Conocí a Patricia en un curso de redacción etnográfica. Ella ya contaba con algunos encuentros con Mamaní que siempre habían tenido lugar en un comedor o restaurante 'de bolivianos'. Me dijo que quería estudiar la discriminación a los bolivianos que trabajaban en la construcción, rubro que conocía de oídas través de su 'cuñado' Felipe. Hablaba ya de cómo ella misma había sido objeto de discriminación por ser hija de chilenos en Comodoro Rivadavia, provincia de Chubut, y creía que el tema estaba siendo abordado por otros colegas, aunque sin el énfasis debido en el rubro constructivo. Le pregunté cómo lo abordaría metodológicamente, y me dijo que lo haría a través de una historia de vida. Bestialmente le contesté que iba a tomar una sopa con tenedor y cuchillo, esto es, que el instrumento de obtención de datos que ella elegía, no correspondía al tipo de información que ella buscaba. Le sugerí que si quería abordar ese tema no tenía más remedio que asistir a la obra en construcción. Me miró tratando en vano de ocultar su espanto y me contestó: 'como pudo, que... Bueno, no sé, no sé si puedo ir, ese lugar... no sé...'. Lo que ella no sabía, o más bien parecía saber que no podía, era si tendría

alguna oportunidad de ingresar a un mundo laboral de hombres, donde ella era pariente de personal de la empresa. Le contesté que sí tenía miedo podía ir con Felipe y ella contestó que iba a importunarlo y que no podría hacer el trabajo de campo con él al lado. La tranquilicé diciéndole que eso sería al principio, pero que luego la gente se acostumbraría a ella y como fuera, toleraría sus intrusiones y merodeos. Insistió en que la desconcertaba mi propuesta y yo le repliqué que tenía siempre la alternativa de cambiar de tema y de objeto, pero que si quería continuar con su trabajo-discriminación, había que ir al campo para ver y escuchar, y aguantarse algunos sinsabores. Volví a verla cuando ya había atestiguado dos tramos de colocadores de 'los bolivianos' en dos obras, y conversamos el inconveniente de tener un campo tan fugaz que sólo demorara una semana, en razón de la segmentación de cada gremio en el proceso constructivo. Allí me contó la anécdota de un joven que le desplomó una bolsa de cal en sus narices, dejándola toda de blanco pese a su tapado negro. No supe más de ella. Al tiempo la llamé para saber cómo andaba y me respondió: 'no, el martes no puedo porque tengo una hormigonada de los paraguayos'.

El proceso constructivo de esta y otros antropólogos tiene su propia dinámica. Vargas había recogido el guante del campo, para seguirle las pistas. Y es que el campo presenta sus propios desafíos. La decisión de acometerlos no es sólo ni principalmente teórica. Se trata de una decisión muy profunda y de tipo personal, donde comparecer en cuerpo y alma puede convertirse en un instrumento por demás potente, para promover una discusión teórica empíricamente informada y socioculturalmente balanceada. En suma: una herramienta que trascenderá los límites de la empiria para convertirse en un acicate para promover un conocimiento social menos etnocéntrico y más genuino, menos superficial y más reconocido por sus propios protagonistas.